

VALPARAÍSO REVIEW OF BOOKS

Volume 2

Number 6

Winter Solsticium 2023

TEMAS

Nostalgia, solastalgia, futuralgia

Comala de mi ensueño

El viejo que no olvidó que era hippie

Comentarios de libros

Barbara Cassin

Cómo hacer de verdad cosas con palabras. Homero, Gorgias y el pueblo Arco Iris

Valparaíso, 21 de junio de 2023
Yuri Carvajal Bañados-editor
valparaiso.review@gmail.com

Nostalgia, solastalgia, futuralgia

Solastalgia

El malabarismo etimológico entre solaz (*solari, solacium* = alivio del distrés por el refugio amenazado y *solus, desolare*=desolación) y algia o dolor, produce lo que el filósofo ambientalista Glenn Albrecht (1953-) llama solastalgia: “el dolor o malestar causado por la pérdida o falta de solaz y el sentido de aislamiento conectado con el estado actual [de deterioro o pérdida] del hogar y territorio”. No muy eufónico, pero más preciso que el cajón de sastre con etiqueta de salud mental, significando, (con el permiso anticipado de la RAE) algo así como “discomfort existencial”. Si bien el término discomfort es empleado en enfermería, no ha sido aún medicalizado y sometido a la anestesia que inhibiría toda iniciativa de cambio o rebelión.

La solastalgia es un estado anímico causado por externalidades indeseables y que, junto con otras lacras de la sumisión a las manipulaciones del así llamado libre mercado, producen efectos nefastos de desigualdad, anomia, inestabilidad social y disforia individual, aun cuando difíciles de contrarrestar, han de ser identificadas como eventual palanca de cambios. Las consecuencias de una solastalgia mantenida es que provoca la desconfianza en el futuro, los postmodernos que critican pero no proponen. La mirada del depresivo no se dirige hacia adelante, se clava en el suelo como desesperanza.

Futuralgia

Los antecedentes semánticos que llevan a sufrir el dolor de un futuro infeliz son escasos y caprichosos, apareciendo como una autoayuda para vivir con un dolor que desemboca en un regocijante amor (Farid Dicker), y en una extensa obra poética (Jorge Rieman). Conceptualmente, el gran rastreador de la *Stimmung* (ánimo o ambiente social) Sepp Gumbrecht (1948) detecta que desde los años de postguerra “el futuro llegó a ser visto como amenaza”, estamos estancados en un “presente latente” incapaz de imaginar futuro alguno. La creciente asimetría entre “espacios de experiencia” y “horizontes de expectativas” ha llevado a abando-

nar la sensación que el futuro está abierto, como observó el historiador Reinhardt Koselleck (1923-2006). Abundan los catastrofistas, los desilusionados de un mundo exaltado, ruido, cogido en acelerado círculo de producción y consumo, cuyo insumo energético no es, como pretende, progreso y desarrollo sino un *vulgar carpe diem* que acuñó Horacio (6-65 a.C.) agregando un *cave*: “y confía mínimamente en el futuro”. Todo esto barnizado por el temor una existencia digital autorreferente y carente de futuro por estar, diría Ortega, ensimismada. En un libro póstumo de Zygmund Bauman (Retrotopia 2017) vuelve sobre su descripción del péndulo que oscila entre seguridad y libertad en la medida que al hombre moderno se le ha concedido el presente griego de autogestionar su vida en plena autonomía, aun cuando con ello pierde la seguridad de una red social de contención y previsión. La utopía de reconciliar libertad y seguridad se ha perdido, el ciudadano contemporáneo se sume en inseguridad, incertidumbre y desprotección que paralizan el ejercicio de la autonomía residual que la globalización neoliberal tolera. Retrotopia es una doble negación: de la utopía y de una nostalgia irrecuperable buscando el bienestar ya no una meta por alcanzar en el temible futuro, sino tornando la mirada hacia atrás, en una búsqueda nostálgica donde moraban hogar, patria, lealtad, honra, pero también nacionalismos, colonialismos, y una biopolítica soberana que deja vivir haciendo morir, fuerzas hegemónicas que no permiten revivir la nostalgia como porvenir. El mismo Foucault aclara que su fórmula incluye el asesinato indirecto: exposición, riesgos mortales, muerte política, expulsión, rechazo, y un difuso etc.

Cunde la desesperanza, vivencia cotidiana para los desposeídos y precarizados, aunque reptando a infectar el ánimo de todos salvo los privilegiados. Con ímpetu contemporáneo, se medicaliza la desesperanza y un estado depresivo susceptible de tratamiento con psicofármacos, para recuperar “un mundo feliz”, lo cual en sí ya es deprimente. Nostalgia de lo irrecuperable, solastalgia cotidiana, y una futuralgia sumergida en doloroso temor de lo que viene: ¿habrá un acontecimiento remecedor, o un intelecto con imaginación, que logre dar un nuevo giro al mundo?

Miguel Kottow Lang

Comala de mi ensueño

Vine a Comala a buscar mis libros. Me dijeron que aquí podían estar, aunque hace 50 años que los dí todos por quemados. Esa mañana los policías se llevaron a Hernán y Carmen, dejando un revoltijo total de las cosas en que hacíamos la vida cotidiana. Se robaron algunos objetos menores, en un gesto que retrata la época y el momento: una cámara fotográfica checa y nuestra única radio Mitsubishi a pilas. Sacaron los libros que estaban en cajas, porque nuestra casa era muy pequeña: vivíamos en tres piezas y Hernán se había resignado a esa urgencia, en tiempos tan urgentes.

He buscado esos libros como un condenado. A pocos días de la tragedia, empecé una vida familiar con las estanterías de las librerías de viejo. Con mi mesada en el bolsillo, me atreví a cruzar el umbral de la librería universitaria que exhibían los libros tras unos vidrios enormes, acostados en hiladas de 3 o de 4. O de la Orellana, que siempre plena de novedades españolas (Ariel, Alianza) practicaba el orden y la acumulación más propio de una librería de viejo. Encontré muchos así. Me organicé para leer al ritmo de mis hallazgos. Mis lecturas han sido y son una vida lateral, diferente, un andamio cruzando peligrosamente los abismos de mi vida. Mientras estudiaba medicina, leía historia, política y economía. Cuando estudié economía, leía los clásicos. Mientras modelo números para intentar predecir los ritmos de alguna epidemia, leo historia natural. Cada vez que conozco a alguien que puede ser interesante, le muestro lo que estoy leyendo. Y cada vez comprendo que estoy más solo en mi búsqueda.

Y sin embargo recorro las bibliotecas de las personas que voy conociendo. Me encanta el aire personal de esos lugares. La forma en que tratan sus libros, en que los disponen, aquello con que los acompañan en cada repisa. Y por supuesto, contemplo los planetas buscando vida. De pronto, aparece un autor estructuralista al lado de un estudio colonial o un libro del boom junto al Amadís de Gaula. Entonces siento que he encontrado mis libros, aunque sean dos hiladas de una estantería de centenas.

Mi adolescencia me despertó a las bibliotecas de universidades y de compañeros de ciudades y países hermanos. Se me manifestó que EUDEBA no era sólo una curiosidad de mi padre, sino una época geológica del trabajo editorial americano. Tardé muchos años en saber que había un Boris Spivakov metiendo mano en esto, que además había sido el inventor de Capítulo universal, y el audaz promotor de los libros en los kioscos. Entonces mis restos de Quimantú y de Códex, tomaron otro sentido y entendí el fenómeno con que Salvat asaltaba mis búsquedas, semana a semana. En una charla en que ví a una María Luisa Bombal distante afirmada en una copa, escuché hablar de Nascimento y de la difícil publicación local.

Empecé a comprender que mis libros también estaban en casas del barrio alto, que había compañeros que los subrayaban del mismo modo que a mí me gustaba marcarlos, aunque a mi padre lo desquiciaba. Mis libros vivían en esas casitas con resipol una vida acomodada y cuidada, eran bien queridos y revisados a menudo. Se abusaba del forro, eso sí. Cos-

tumbre que hasta hoy detesto. Los amigos miristas tenían prácticas aún más irreverentes: poner las tapas del Código Penal a la Historia de la Revolución Rusa de Trotsky, publicada por Chelén Rojas. Y qué decir de los trotskistas de Lora que protegían las Tesis del POR, con dos primeras páginas de la colonia latinoamericana.

Trepé por Chile buscando libros y por todas partes fui encontrando rastros de mis libros. Hace poco al releer La Universidad Latinoamericana de Darcy Ribeiro, noté que lo había comprado al regreso de mi relegación, al pasar desde Sierra Gorda por Antofagasta.

Supe de un modo tardío que entre mis libros había un notable predominio de la labor editorial de Mauricio Amster. Su autoría hoy es más importante que la de quien suscribe el libro, para tomar la decisión de si es o no uno de los míos.

He llegado a Comala después de 60 años de viaje. No me guió ningún arriero hermano, pero hablo con los muertos y vivo entre sus fantasmas. Me arreglo con la sequedad de sus suelos y el calor no me abruma. Los muertos me devuelven mis libros.

Es verdad que pasó el tiempo de juventud y una avalancha de editoriales

produjeron nuevos libros que también querían ser míos. Nuevas bibliotecas, nuevas librerías. Pues bien, ellas también habitan Comala. O al menos, algunas de ellas, algunos de sus libros, comparten aquí conmigo. Aquí están ahora pues reunidos, como si los hubiera guardado la biblioteca de una gran universidad norteamericana, con un fenomenal sistema de adquisición de novedades y antigüedades. Y una fantasmal bibliotecaria me señalara el camino diario. Uno a uno los he reconocido y me siento a leerlos en las mañanas interminables. Han renacido de las cenizas. Los restos del fuego, de la memoria, de la tragedia se han reagrupado y cobrado nueva vida. Aquí está mi botánica pintoresca al lado de Feliberto Hernández, mis Latour junto a mis Rulfo, mis Subercaseux al lado de mis Humboldt, mis rusos con mis indígenas, mis surrealistas con mis tragedias, la desordenada y parlanchina tribu de filósofos junto a los manuales de Stata.

Soy el único habitante de Comala, me dicen. Todos se han marchado. Deja tus libros en paz y toma el camino de regreso, me insisten. Pero aquellos que no han venido a Comala hablan por usar la boca, no más.

El viejo que no olvidó que era hippie

el joven olvidó que era anciano, pero no por eso perdió su memoria hippie. Era un viejo de buena familia, francesa y con tierras y sabor a vino. Su abuela le daba nombre a una isla. Había ganado un premio nacional de literatura allá en su patria. Había escrito poesía de pura cepa francesa, con Rimbaud como norte. Teatro sobre un héroe llamado Halcón ligero, un traro indígenas y la historia de Rahab, una prostituta que salva a su pueblo. Un volumen de cuentos, una historia (epopeya) oceánica de un pueblo terrestre. Y un par de novelas. Su infancia conmovedora en Niño de lluvia y Jemmy Button, un Lautaro de los canales. Y claro, sobre todo ensayos, ese género menor, desordenado, arrastrado por las olas del pensamiento y las ganas. Santa Materia, una obra mayor de literatura erótica de la materia. Su otro ensayo de amor geográfico a la patria, había ya sufrido pena de relegación a material de enseñanza, una condena precoz.

Antes de sentarse a redactar su manifiesto al mundo hippie, recién había publicado sus vagares europeos con el hijo adoptivo, llevándolo a su vieja universidad europea y por aquí y por allá. Se había topado con una revolución barbuda, desaseada, impúdica. Se había entusiasmado con esas flores y gestos.

Esta vez su texto iría en una nueva dirección. Sería un manifiesto, con un decálogo, una explicación y unas paradas en algunas ideas que lo obsesionaban: la moral, el sexo, la biología. Hubo de hablar de política y de gobiernos, que nunca lo entusiasmaron mucho. Pero, qué diantras un silencio así era imposible en ese momento.

Tampoco insistió en la división de la humanidad en mutantes y no mutantes que en El Hombre inconcluso tantos malentendidos le había acumulado. Pero como siempre siguió creyendo que la incomprendición básica de nuestra condición tenía que ver con la biología. Una incapacidad de aceptar las raíces biológicas de nuestra crisis.

Que esa dificultad para ver y comprender que a fin de cuentas somos biología tuviera como trasfondo la crisis ecológica, hoy nos resulta de una resonancia que él por supuesto no lograba barruntar. Sabía que el planeta estaba a maltratar, había fundado una sociedad de defensa de los animales junto a Godofredo Stutzin, pero su manifiesto sería más político.

Su patria tenía un gobierno izquierdista y él era cónsul. Había tenido una salida rápida desde Mendoza, que sus cuestionamientos a San Martín en Tierra de Océano, le habían acelerado. La mudanza lo llevó a Tacna, que él mismo describió como una Santa Elena de arena. Allí, en medio del desierto, en esa frontera triste, se sentó a escribir su manifi-

esto. Antes incluso del prólogo, puso su

DECALOGO HIPPIE

1. Nombrarás cada cosa por su nombre, sin eufemismo de ninguna especia. No debes tener vergüenza de nombrar, de manera decente, de mirar o tocar, auqello que Dios no tuvo vergüenza de crear.
2. No amarás sino a quien ames de verdad. Odiarás a tu enemigo, y no le ayudarás sino en caso de accidente o enfermedad, si tu acción no pude ser realizada por otro. Pero en nada, tampoco tomarás venganza de tu enemigo. Te limitarás a ignorarlo o a defenderte de él.
3. El hombre soporta el matrimonio por amor a sus hijos; la mujer soporta al hombre por amor al matrimonio (sin perjuicio de que ambos amen entrañablemente a sus hijos).
4. No olvides que nadie es propiedad privada de nadie, y que nada puedes exijir, en amor o en obediencia, a menos que libremente te lo concedan.
5. Los hijos se pertenecen a ellos mismos. Despues, a tí.
6. No hables nunca de amor; realiza el amor, con tu mirar, con tu sonrisa, con tus actos, con tu abnegación. Nuncas mientes en amor, y si has dejado de amar, dilo. Lo contrario es una hipocresía; luego una mentiura. Y la mentira es la forma más repugnante de la cobardía.
7. Ama más a tus hijos que a tus padres. Pero muéstrate más cariñoso y atento con tus padres. Tus hijos encontrarán mucho amor en torno. Tus Padres, sólo poseerán el tuyo.
8. No prestarás jamás juramento, porque se debe suponer que tu decir encierra siempre la verdad.
9. Rerspeta a la Vida, bastante más de lo que la Vida se respeta a sí misma. Sólo por este indicio habrás sobrepasado la etapa animal, y podrás ser considerado un Hippie de verdad.
10. Nunca encontrarás un apoyo y un amor más grande que en Dios. Si no crees en el EL, inventátele con el sobrante de nobleza que encierra tu corazón.

Comentarios de libros

Barbara Cassin Cómo hacer de verdad cosas con palabras. Homero, Gorgias y el pueblo arco iris. el cuenco de plata, CABA, 2022

Lo performativo vino a vernos y nos dejó extraviados. Los actos constitucionales -convencionales- son una práctica performativa. De los actos más aburridos, porque tienen el peso de lo jurídico y lo legal. Las destrezas lingüísticas o intelectuales que requiere son pocas.

Así y todo, nos ha ido malísimo.

Harían bien los amantes de los actos performativos en leer a Cassin, filósofa que se ubica del lado de los sofistas, de Nietzsche y de Lyotard. Demonios, demonios y demonios. Incisiva, sabe mostrar la deuda de Platón con Homero y repite con Nietzsche "Hay una diferencia que sea Homero o la Biblia o la ciencia lo que tiraniza a los hombres"

La tradición sofística -Gorgias Defensa de Helena- me asaltó desde Zen o el arte de mantención de la motocicleta. Un título que parecía de Oulipo, pero que señalaba la intensa búsqueda de Robert Pirsig. Los sofistas fueron sus aliados. Luego Latour en La Caja de Pandora también enarbó la bandera sofística, hasta dar plenamente con una filósofa que no teme a las malas compañías.

Partiendo de Austin, pero señalando sus inconsistencias y por supuesto, sonriendo ante su vanidad, Cassin nos lleva a un terreno en que la retórica conecta los actos ilocutorios, locutarios y perlocutorios. El arte de hablar tiene efectos. No es magia que hace nacer algo de la nada. Pero

por supuesto toda palabra busca producir un efecto.

Las implicancias de tal reconocimiento parecen ser catastróficas, porque la verdad también resulta ser un efecto. Y aquí, Cassin acusa con toda razón a Hanna Arendt de no haber vuelto plenamente la espalda a Heidegger y todavía separar hechos de verdades. Entonces ella va más allá para decir: «Sólo hace falta preguntarse si un sintagma como "verdad en política" todavía tiene sentido. La vía de respuesta que sugiero, totalmente protagórea, me parece por mucho la más seria: "verdadero" entonces no puede querer decir otra cosa que "mejor"» (p. 173) Para llegar a ser tan clara, ha debido también recurrir a una cita de Deleuze: «"Las nociones de importancia, de necesidad, de interés son mil veces más determinantes que la noción de verdad. En absoluto porque la remplacen, sino porque evalúan la verdad de lo que digo" Evamar la verdad, tal es sin duda una de las mejores definiciones del relativismo.» (p. 165)

Cierra el libro con una imprecación: «Por tal motivo es que siempre llego al mismo punto, por otra parte protagóreo-arendtiano, aunque puesto en su lugar, o sea el lugar final: "Y tú tienes que soportar ser la medida" Juzga, juzga entonces, tú, yo, nosotros! Y quizás también: ustedes que somos nosotros ... (p. 215)

Próximo número Spring equinoccium

- Dewey y el problema de lo público